

estaba hecha para abrir, para enseñar, para ofrecer. Me fue acompañando dentro de mi cabeza por las dehesas y montes de la Extremadura que llegan hasta las puertas del occidente manchego. Dibujando horizontes de historia renacentista, en los momentos del Imperio de Carlos I, el joven venido de Flandes, que acabaría sus días no muy lejos de allí, en Yuste. Que podría cantarse con otros versos del poeta de Cetina que decían:»Tanto tiempo he (tengo) en andar perseverando / que el flaco ingenio, rústico y grosero, /un pensamiento blando, a veces fiero, poco a poco lo ha hecho delicado...»

Las breñas pasaban; más adelante, una carretera nueva se iba haciendo trazando rectas imposibles sobre la naturaleza. La naturaleza, paciente, curada una y mil veces del paso de los hombres sobre ella, seguía ofreciendo su verde intenso, oscurecido por encinas milenarias, para ser vigilada por los halcones y cernícalos que chillaban sus alertas sobre nuestro paso. El rugido del motor me devolvió la realidad cuando ya caía la tarde. Monteverdi seguía abierto, resonándose en la historia recordada, en las luces de viejas piedras labradas para un Castillo en tierras añejas de nuestro pasado.

Ramón Gallego Gil

«Vecinos» 13-9-2004